



supo hacer más que oponerles otra conjuración, de cuyas resultas los de la primera fueron degollados; pero ni aun en tiempo de los vireyes sucesivos se resignaron aquellos habitantes al yugo.

Memorable fué para Nápoles la administración de D. Pedro de Toledo, que siendo español en el fondo de su alma, hubiera deseado que lo fuese también Italia. Quería verlo todo, y á todos concedía audiencia, lo cual quitó á los magistrados subalternos el atrevimiento de la impunidad; persiguió á los que observaban mala conducta sin consideración á los asilos; envió al suplicio á hombres de las principales familias, decretó la pena de muerte contra los ladrones y contra los que usasen escala de cuerda, de modo que hubo quien marchó al patíbulo por intrigas amorosas; expulsó á los judíos, limpió las calles, los pórticos y las baracas, guardadas de asesinos y de prostitución; demolió la roca de Chiatamone, nido de malvados; reunió en puntos determinados á las mujeres de mala vida; reprimió la licencia de los *vendimiadores* y las *cencerradas* que se acostumbraban dar á las viudas que contraían nuevo matrimonio las primeras noches de sus bodas, como también los ruidosos lamentos de las plañideras en los funerales; recogió las armas que había en las casas, contuvo los duelos y raptos frecuentes, y reorganizó el tribunal, cuya instalación se efectuó en el palacio Capuano. Los barones, descontentos de tan imparcial justicia, resolvieron hacer á Carlos V el inaudito regalo de millon y medio de ducados, con tal que separase del gobierno á D. Pedro de Toledo, pero esto sirvió sólo para consolidar su autoridad, y el virey rodeó á Nápoles de nuevas murallas, ensanchó el arsenal, construyó fuentes, fundó el hospital, el famoso Monte Pio y la iglesia del apóstol Santiago, en la que preparó su sepulcro; desecó además los pantanos que infestaban la Tierra de Labor.

Su ejemplo excitó la ambición. El conde de Olivares hizo que Domingo Fontana fabricase graneros y acueductos. Un negociante de Génova, como remedio de las quiebras, le propuso instituir un depositario general y privilegiado para todos los depósitos judiciales y públicos del reino.

Los diputados de la ciudad llevaron sus quejas á Madrid, por cuya razón se envió al conde de Lemos para que le reemplazase. También éste quiso edificar, y construyó en el palacio real, como su hijo el de los estudios, siempre bajo la dirección de Fontana.

La autoridad de los gobernadores, ya grande en tiempo de paz, era ilimitada en tiempo de guerra; de suerte que el interés los inducía á perpetuar ésta, y lo conseguían, tanto más, cuanto que por medio de la guerra, era como la España podía satisfacer su frenesí de mostrarse la primera nación del mundo.

Fray Tomás Campanella, profundo pensador, si bien desordenado, por aversión á la filosofía escolástica, fué á dar en los delirios del neoplatonismo; creía en la cábala y en la astrología; refutaba á «los maquiavelistas y filósofos de su época, ruina del Evangelio;» y dedujo del Apocalipsis y de las profecías de Santa Brígida, de fray Joaquin de Savonarola, de San Vicente Ferrer, que el año 1600 se verificarían grandes innovaciones en el reino de Nápoles. Creyéndose destinado á llevar á cabo la necesaria renovación política del país, exhortaba y predicaba para que se fundase una república, cuyo centro fuese Stilo en Calabria, su patria; el principal móvil debía ser la predicación, y después las armas de los bandidos, que en gran número se habían acogido á los conventos, según el triunfo de las varias facciones que dividían cada país; estaba resuelta la muerte de todo el que se opusiese á la realización del proyecto, en particular la de los jesuitas.

Muchos se asociaron á su idea, entre ellos trescientos frailes y cuatro obispos, que no tuvieron repugnancia en buscar el apoyo de los turcos. Pero habiéndose descubierto la conspiración, fueron presos y sentenciados. Campanella, que se empeñó inútilmente en que se le procesase por el Santo Oficio más bien que por los tribunales ordinarios, fué sometido al tormento repetidas veces y de una manera horrible, pasó por hereje y por loco, y permaneció en la prisión veintisiete años, estudiando y escribiendo sobre filosofía y política, hasta que



Urbano VIII le hizo poner en libertad; entonces se trasladó á Francia, donde obtuvo una pensión y terminó sus días.

A aquellos movimientos, aunque de breves dimensiones, podía dar importancia la rivalidad de la Francia, en atención á que la política de la época se complacía en sembrar la zizaña entre súbditos y señores en los países rivales; lo cual aumentaba el número de los descontentos y de los ambiciosos. Formaba parte de estos últimos el duque de Osuna (Tellez y Giron), primero virey de Sicilia, y luego de Nápoles; hombre hábil, suntuoso, de alma enérgica, grande artifice de intrigas y maquinador de innovaciones, dispuesto á valerse de toda la autoridad que se le había concedido y aun de más; como todos los personajes de aquel tiempo, empleaba medios triviales para realizar designios gigantescos. Como los modernos bajaes, el virey administraba la justicia sumariamente; habiéndose suscitado un alboroto en una fiesta, impuso la pena de galeras á dos alborotadores; al pasar por el mercado, oyó al pueblo quejarse de un traficante en vinos ó de un arrendador de contribuciones, y mandó dar á éstos cincuenta palos; un forzado le gritó que su sotacómitre le tenía con la cadena más tiempo del prescrito, y el virey hizo soltar al galeote, y poner en su lugar al cómitre. Llamaba también á su cuarto á los acusados, y usando alternativamente de palabras dulces y severas, les arrancaba la confesión, mejor que si se sirviera del tormento, dice el cronista, recayendo en seguida la condena; si no conseguía que confesasen, llamaba al sotacómitre, y le mandaba darle de palos en su presencia. Dos charlatanes vendían contravenenos, y Osuna dispuso que ambos tomasen venenos, y bebiesen luego los antidotos. Uno de ellos murió, y el otro recibió de manos del virey un collar de oro y obtuvo privilegios. Una vez, como se llenase demasiado el teatro, ordenó que saliesen todos, bajo la pena de cinco años de galeras si eran plebeyos, y cinco de destierro si eran nobles. Otra vez «S. E. hizo una de sus acostumbradas y dignas obras, condenando á galeras por toda su vida á uno que se atrevió á decirle que había concedido el privilegio del comercio

de cerdos, lo cual no era verdad.» Advirtiendo que en una recepción de los primeros individuos de la nobleza se había introducido uno inferior en categoría, le mandó prender y apalearlo allí mismo. «Ha hecho ir á galeras al sacamuélas napolitano, porque le rompió un diente.» Colocaba á sus dependientes en las diversas ciudades, donde robaban á mansalva. Habiendo acudido los habitantes de Reggio en queja de un tal Aledo que los despojaba de su hacienda y cometía asesinatos, el virey los trató de bellacos y los amenazó con la galera porque hablaban mal de uno de sus encargados; así, no atreviéndose los pueblos á quejarse, aquellos empleados «quedaron en libertad de poder asesinar á los pobres pueblos, y robar y asesinar impunemente á los habitantes, tanto que es imposible escribirlo.» Habiendo ido luego Aledo á Nápoles con 80.000 ducados y muchas joyas, el duque, chanceándose, le dijo que hacía falta á S. M., y despojándole con extraña justicia, le volvió á enviar «al empleo que desempeñaba, para que obrara peor aún que antes.»

Estas miserias alternaban con fiestas magníficas, y el diario del gobierno del duque de Osuna está lleno de relaciones de ellas: espléndidas cabalgatas, procesiones solemnes, regatas en el mar, banquetes, máscaras, cucañas, justas, y todo esto acompañado de ricos donativos, refrescos y licores: á menudo se dejaba que la plebe y los caballeros saqueasen todos los preparativos. Ora doce carros, dispuestos con los más apetitosos manjares, hasta el punto de importar quinientos ducados cada uno, eran objeto de renidísima disputa entre trescientos hombres, en calzoncillos y tiznados de pez, que los saqueaban, «espectáculo tan nuevo como hermoso, con muchas aclamaciones y grande alegría del pueblo;» ora noventa damas, vestidas de Isquiotas iban á palacio á llevar regalos; ora se daba un convite para diez mil personas, y singularmente «para veinticinco cortesanas, las más famosas de Nápoles, servidas con el mayor lujo: S. E. quiso ir á verlas y divertirse en su compañía.» A veces la vireina daba un baile, todo de señoras, vistiéndolas á su costa; otras se representaban en



cuatro puntos distantes de la ciudad las cuatro estaciones, con emblemas y los frutos y las ocupaciones propias de cada una. Siempre que el virey ó la vireina tomaban parte en la fiesta, se les presentaban muchos cestos de frutas y dulces, y ellos mandaban que se arrojasen al pueblo, el cual se lanzaba á cogerlos «con gran furia, no sin menudear los golpes aplicados con las manos y los piés, como perros rabiosos, lo cual excitaba la risa de S. E. y de las damas»; para aumentar la diversion, S. E. arrojaba una cadena de oro hecha pedazos, ó dinero. Todo era arreglado por el bufon del virey, á quien éste solía vestir la toga para burlarse de la magistratura, ó le encargaba la decisión de pleitos, en los cuales no dejaba nunca de añadir á las ridículas sentencias un buen regalo para sí.

Grandes cosas fermentaban en el alma orgullosa de Osuna. Conociendo la profunda aversion que existía en Nápoles entre los nobles y los plebeyos, prohibió á los primeros, desde su llegada, llamar á los segundos *canalla*, y condenó á muerte durante su gobierno á más de veintisiete barones. Abolió una contribucion sobre el pan y otros impuestos onerosos al vulgo; cortó con su espada las cuerdas de la balanza que servía á un dependiente para pesar en el mercado las legumbres á fin de señalar lo que les correspondía pagar, diciendo que «los frutos de la tierra eran un don de Dios, y el premio de las fatigas del pobre.» En vista de esto se comprende que los lazaroni le pudiesen en las nubes.

Esto, sus inmensas riquezas y sus poderosas alianzas de parentesco «produjeron en él un gran deseo de reinar, no como ministro de un gran rey, sino como soberano de un gran reino. Empezó, pues, á reunir tropas, aunque se estaba en completa paz, á asalariar á franceses, wálones, y á construir galeras. Fuéle preciso para esto gravar al país con exacciones extraordinarias; recurrió á empréstitos forzosos, se apoderó de los bienes de los comerciantes extranjeros, alojó en las casas de los particulares á los soldados, que robaban á mansalva hasta los ornamentos de las iglesias, y se alabó de haber aumentado las rentas en 1.100.000

ducados. Trató de entenderse con los potentados de Italia, quizá con Venecia, con los uscos, con los turcos, de seguro con Francia, que parece no haberle prestado oídos, tal vez por temor de que su conducta fuese doble. Entre tanto, dejaba conocer en todas sus acciones la ambicion de que se sentia animado: perdonaba á reos de muerte, hacia limosnas y donativos, apoyaba á la plebe contra los nobles, se atraía con halagos á Julio Genovino, elegido del pueblo, y hombre turbulento, que queria excitar tumultos á fin de degollar á los nobles ó de obtener para el pueblo igualdad de derechos, de modo que la corte, noticiosa de lo que pasaba, envió otro virey en su lugar. Cuando se lo anunciaron, contestó: *Le recibiré al frente de veinte mil hombres.* Vióse, pues, obligado el cardenal Borgia á ocupar á Nápoles casi por sorpresa, y á reprimir con la fuerza á los malos súbditos, cuyo número habia dejado crecer su predecesor. Este, de vuelta á Madrid, fué acogido magníficamente por un gobierno débil ó corrompido; pero en cuanto se mudó de rey y de ministro, fué preso y no tardó en saberse que habia muerto de un ataque de apoplejía (1624).

Cárlos V habia prometido y jurado que ni él ni sus sucesores impondrían gabelas al reino de las Dos Sicilias, sin consentimiento de la Santa Sede, autorizando al pueblo, en el caso contrario, para que tomase las armas. Sin embargo, no hubo virey que no estableciese impuestos cada vez más onerosos y fuera de razon. El conde de Monterey recaudó 44.000.000 de ducados en gabelas extraordinarias, cuya mayor parte empleó en reclutar cincuenta y cuatro mil infantes y ocho mil caballos para el servicio del rey de España. El duque de Medina, que le sucedió, estableció unos 47.000.000, y decia al marcharse, que habia dejado el reino en tal situacion, que cuatro familias principales no bastarian para hacer un buen guisado. Cuando fué remplazado por el almirante de Castilla, pagaba el pueblo, por sólo el interés de las gabelas, 11.000.000 de escudos de oro, cuyo capital habia sido vendido á noventa mil personas; de suerte que de aquella enorme suma no entraba un cuarto en el erario. Exigió,



sin embargo, nuevas contribuciones, en cantidad de 1.100.000 ducados, imponiéndolas sobre los inquilinatos, pues no quedaba otro recurso: resultando de esto tales murmuraciones, que juzgó prudente suspender la recaudacion, pero «mofándose los ministros españoles de su timidez, le trataron de hombre de poco ánimo é incapaz de gobernar un convento de frailes.»

No decimos nada de las exacciones cometidas por los gobernantes, en las cuales el rey no tenia más culpa que el no impedir las. Además, llegaban reyes y príncipes que era necesario festejar, así como hacer regalos á los vireyes por su buena administracion. Vendíanse las tierras patrimoniales, sometiéndose los hombres y las cosas á una servidumbre feudal. Sólo la ciudad de Nápoles se adeudó en 15.000.000 de ducados, cuyos intereses se pagaban con las exorbitantes gabelas. Se introdujo el papel sellado al uso de España; y hasta se trató de inponer un sueldo diario por cabeza á todos los napolitanos.

Exigiendo nuevos socorros la guerra de la Valtellina, y luego la de Génova, Mantua y Cataluña, se alistaban ora malhechores, ora aldeanos, volviendo muy pocos á sus casas. Entre tanto infestaban las costas los turcos, los saqueadores las tierras, los nobles la ciudad con continuos duelos, y á veces con verdaderas batallas; un dia, don Hipólito de Costanzo desafió á don José Caraffa, por no sé qué pique; y ambos adversarios salieron de la ciudad, con quinientos hombres cada uno: si á esto se añaden las terribles erupciones del Vesubio y los repetidos terremotos de la Calabria, se concebirá el deplorable estado á que se encontraba reducida la más hermosa parte de la Italia. En vano se comisionaba á sacerdotes y frailes, únicos que podian hablar á los reyes de la tierra en nombre del rey del cielo; las consideraciones de la guerra servían de pretexto para no atenderles. Las absurdas leyes de aduana incitaban al contrabando, que arruinaba á los comerciantes honrados, al paso que los defraudadores que se cogian, ó se perfeccionaban en el crimen en las cárceles, ó se veian reducidos á mendigar para rescatarse. Todo desagradaba en las gabelas, su naturale-

za, el modo de exigir las, el empleo que se les daba; pues no servian más que para enriquecer á los vireyes y á sus partidarios: así, muchas veces ellas y la detestable calidad de la moneda, habian sido causa de que se sublevase *la vil plebe*, que creyendo tener el derecho de vivir, pretendia obtener el pan á un precio razonable, de aquellos que se creian con derecho para determinar su valor. Várias veces recurrió á las únicas razones que le quedaban, las vociferaciones y las piedras; y el gobierno le contestaba con las cárceles, la cuerda, la horca y «la rueda al uso alemán, despues de haberlos atenaceado en carretas en los parajes públicos de la ciudad;» sus cadáveres se dividian en trozos, que se colgaban por fuera de las murallas para que sirviesen de pasto á las aves de rapiña, y las cabezas se colocaban sobre las puertas más frecuentadas, en jaulas de hierro. Ponce de Leon, duque de Arcos, envió al juez de la vicaría para que exigiese el pago de los Comunes deudores, y aquel magistrado no encontró ni cama donde dormir; pero á uno que le manifestaba la miseria de los habitantes, y la imposibilidad en que estaban de pagar, contestó: *Que vendan el honor de sus mujeres é hijas, y satisfagan sus deudas.*

Colocado entre dos necesidades, la de dejar á los franceses que habian ocupado ya á Portolongone, ó la de hacer morir de hambre al pueblo, el duque de Arcos prefirió la segunda. Habiendo obligado al país á ofrecerle 1.000.000 de ducados para el sostenimiento de las tropas, recurrió á las gabelas para conseguir que entrase en sus arcas.

La gabela sobre las frutas era una de las más odiosas á la *despreciable plebe*, en aquel clima donde el calor constituye á que se busquen con ardor, y las produce la naturaleza en abundancia. La juventud tenia la costumbre, el dia de la Virgen del Cármen, de simular un ataque, bajo el mando de diferentes jefes, contra un castillo de madera, construido en la plaza del mercado. Uno de aquellos jefes era Tomás Aniello de Amalfi, *hombre muy despreciable*, pescador, de edad de veinticinco años, reducido á la miseria en virtud de una multa que los aduaneros habian impuesto á su mujer,



por haberla sorprendido con una calceta llena de harina que entraba de contrabando. Masaniello armó á su banda con palos y picas, y desfilando por delante del palacio, mostraron á los señores de la cóate las partes que el hombre acostumbra tener ocultas. Otra vez, aprovechándose de un tumulto ocasionado por los cobradores de contribuciones que querian exigir el impuesto sobre los higos, Masaniello se puso á gritar como se grita en Nápoles, tomando la defensa del vendedor de fruta contra los agentes de la Hacienda, y diciendo que no se debía soportar más aquel no visto gravámen. El magistrado huyó; el pueblo se agolpó en derredor de Masaniello, y empezó, como siempre, por incendiar los registros y las oficinas de recaudación; despues se dirigió al palacio del virey. Asustado éste al ver aquellas inmensas oleadas de pueblo, y al oír sus voces, prometió abolir la gabela, pero se le pidió lo mismo con respecto á las harinas, y que restituyese por completo los privilegios de Carlos V. Los amotinados forzaron el palacio, huyó el gobernador, y desde el convento adonde se había refugiado, concedió todo lo que se exigía de él, prometiendo una pensión á Masaniello, á condicion de que tranquilizase á la muchedumbre. Negóse éste á separarse de sus hermanos, y en el espacio de algunas horas se encontró dueño de Nápoles, abrió las cárceles á los contrabandistas y deudores del Estado, abolió las gabelas, dejó incendiar las setenta casas de la Hacienda con todos sus muebles, aunque reservando los retratos del rey, que colocó en las esquinas con bujías encendidas, y obligó á todos á tomar las armas.

Habiendo el duque de Maddaloni reunido una partida de bandidos para acudir en socorro de los nobles, el virey hizo que aquellos atacasen á los lazaroni, mientras que los entretenía con fingidas negociaciones, y envió hasta cinco asesinos contra Masaniello. Pero el pueblo los degolló, y la sangre derramada excitó á derramar aún más; el mismo Masaniello se volvió feroz, y condescendió con los suplicios y con la ira popular. Era la época del heroísmo plebeyo. Muerte á los ladrones; muerte á los que llevasen capa, porque podían ocultar

armas péfidas; muerte á los que no expusiesen el retrato del rey y el de San Genaro. Las casas de juego eran otra de las pestes de Nápoles, y las tenían principalmente las nobles; la plebe les cayó encima y destruyó unas ciento.

El virey, por mediación del arzobispo Filomarino, pidió una entrevista á Masaniello. Este quería presentarse en ella sin más que los calzados y el gorro de pescador; pero el cardenal, hasta amenazándole con la excomunión, le obligó á echarse encima un manto de brocado y un sombrero á la española, y los lazaroni no se cansaban de admirar á su héroe, vestido de aquella suerte. Masaniello, á caballo, con la espada desnuda y en medio de los aplausos prodigados al libertador, se dirigió al palacio; antes de entrar aseguró á la multitud que no había trabajado sino por el bien de todos, diciendo: «Tan pronto como os devuelva la libertad, emprenderé de nuevo las tareas de mi oficio, sin pedir más que un Ave María en la hora de mi muerte.» Se lo prometieron, y él siguió exhortándoles á no dejar las armas hasta obtener su propósito, á desconfiar de los nobles, y á pegar fuego al palacio si le detenían mucho tiempo. El virey le acogió del modo más cortés que le sugirieron el miedo y la perfidia; le llamó «hijo mio» y le tocó más de una vez la barba, diciéndole que nada temiese. Se dió principio á las conferencias; el pueblo, recelando se hiciese violencia á su jefe, empezó á agitarse; pero Masaniello se asomó al balcon, y con solo poner el dedo en la boca obtuvo el silencio de cincuenta mil lazaroni, y que se retirasen á sus casas.

Concluido el tratado con el «jefe del fidelísimo pueblo,» fué leído á la puerta de la catedral, explicándolo Masaniello punto por punto á la multitud; en seguida se juró sobre los Evangelios y por la sangre de San Genaro cumplirlo, y el virey ofreció conseguir que lo confirmase el monarca español. En el discurso que pronunció Masaniello, mezcló locuras con cosas sensatas; y quiso quitarse allí mismo aquel incómodo traje, para vestirse nuevamente sus calzones de lazaroni. Al dia siguiente se le veía correr arriba y abajo por Nápoles como un fu-



rioso, atropellando con su caballo á todo el que encontraba, hiriendo á las personas, haciéndolas ahorcar, y ahogando en el vino el poco juicio que le restaba.

Hubo siempre en este hombre, de seguro, una mezcla, más bien extravagante que singular, de vanidad y honradez, de valor y pusilanimidad. Preguntaba al arzobispo: «Excelencia ¿seré enrodado? Excelencia, soy un gran pecador y quiero confesarme. Nada pido para mí, y terminado este asunto, volveré á vender pescado.» En la comida que se dió en Pozzuoli, su esposa dijo á la de Arcos: «Sois la vireina de los nobles, y yo la vireina de las mujeres del pueblo.» En su efimera dictadura, Masaniello erigia tribunales en la plaza, oyendo las quejas, y la mayor parte de las veces juzgaba por solo la fisonomía: á su lado se veía el patíbulo, única pena que aplicaba el cruel vendedor de pescado: semejante conducta fué causa de que se dijese, y quizá con fundamento que, el virey había conseguido, valiéndose de venenos, extravíar su razón.

La gente sensata se separó de él, al paso que el populacho le manifestó cada vez más adhesión; pero los sicarios lograron al fin degollarle. El pueblo que la víspera le idolatraba, le cubrió de ignominia; y al dia siguiente, sintiendo renacer su amor hácia él, lloró, se desesperó y le hizo exequias que ningun rey ha tenido, á saber, el llanto de ochenta mil ciudadanos. Los honores militares se le tributaron por aquellos mismos que le habían mandado matar; cuarenta mil soldados, arrastrando por el suelo sus banderas, acompañaron las exequias en medio del clamoreo de las campanas y el estampido de los cañones. Todos los frailes celebraron misa por el descanso de su alma; refiérese que al ir á darle sepultura, la cabeza que habían vuelto á unir á su cuerpo, habló y que su mano dió la bendición; en el espacio de una semana fué Masaniello pescador, tribuno, rey, y se vió insultado y santificado.

No por esto se apaciguó la rebelión. Arcos intentó eludir los privilegios concedidos por miedo á aquel dictador de ocho dias; el pueblo pretendió que las concesiones no estaban bastante claras; cuando se aclararon, pidió otras;

empezó á declamar contra los españoles, y á inmolar á los que encontraba al paso; sitió al virey en Castelnuovo, obligó á Francisco Tortalto, príncipe de Massa, á declararse capitán del pueblo, el cual obtuvo condiciones más láticas, y las provincias pidieron lo que había alcanzado la capital.

En esto se presentó delante de Nápoles don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; entabláronse capitulaciones; el pueblo depuso las armas, y festejó mucho á D. Juan su libertador. Pero duró poco su engaño, pues apenas se le hubo desarmado, cuando bajaron las tropas en buen orden de los castillos, y el fuego de éstos asoló la ciudad. El furor impulsó á la defensa á los vendidos napolitanos; de suerte que, no pudiendo los soldados ocuparla toda, Arcos tuvo valor para pedir la mediación del cardenal Filomarino, el cual, indignado de que se le hubiese convertido en instrumento del inicuo exterminio de su virey, se negó á ello. Reunióse el pueblo: los que propusieron apelar á Francia, fueron considerados como desleales, y recibieron la muerte; el príncipe de Massa perdió la confianza porque trató de conciliar los ánimos ó de dar largas al asunto; en consecuencia, le mataron, colgaron su cadáver de la horca, y presentaron su corazón á su mujer, aclamando en seguida capitán á un arcabucero llamado Genaro Anesio.

La nobleza se había retirado al campo, y allí reunió armas é interceptó los víveres á la ciudad, que reducida de este modo al último apuro, pensó en recurrir á aquella Francia tan aborrecida antes, y cuyos embajadores en Nápoles habían atizado aquel incendio con objeto de inquietar á la España.

Se encontraba entonces en Roma Enrique, duque de Guisa, célebre por sus amorosas aventuras, y que, condenado como reo de lesa majestad y luego absuelto, había ido á tratar de que se anulase su matrimonio, con objeto de unirse á una coqueta intrigante. Los pescadores napolitanos le encontraron, y creyeron ver en él al enviado de Dios. Aceptó el duque sus proposiciones como descendiente de la casa de Anjou, y prometió cuanto quisieron; no fueron menos pródigos los diputados de la *real repú-*



blica de Nápoles en brillantes promesas, y Guisa llegó á la capital del reino con una comitiva de veintidos personas, comprendiendo en ellas á los diputados napolitanos y los criados, muy poco dinero, tomado á crecido interés, y algunos barriles de pólvora. Subió de punto la alegría; los napolitanos volvieron á tomar la ofensiva contra los españoles y rechazaron á la nobleza. El valor se convirtió en entusiasmo á la vista de una escuadra francesa, y no se dudó que Francia la enviase para establecer una república en Italia. La formaban veintinueve buques de guerra cargados de municiones, y mandados por el duque de Richelieu, resobriño del cardenal; no cabiendo duda de que, si hubiesen atacado á la escuadra española, desamparada como se encontraba, la hubieran derrotado. Pero el duque no hizo más que desembarcar algunas municiones y se volvió, pues la intención de Francia no era comprometerse en una guerra.

Entre tanto, Enrique de Guisa se había hecho proclamar duque de Nápoles, y había esparcido la alegría por la ciudad con sus victorias. Arcos, odiado de amigos y enemigos, como causa de aquellos males, abdicó, y D. Juan de Austria quedó dueño de algunos barrios hasta que llegó el virey, conde de Oñate. Este, habiendo atraído con astucia al duque de Guisa fuera de la ciudad, la ocupó; Genaro Anesio, que no podía sufrir con paciencia á Guisa como superior, al paso que éste no quería tenerle por igual, entregó la llave del gran Torreón y resonaron los gritos de alegría, como antes las blasfemias. Restablecióse la tranquilidad, y el duque de Guisa fué preso en su fuga y trasladado á España. De esta manera terminan las revoluciones cuando el valor y el furor no son dirigidos por la prudencia.

Poco despues llegaron los socorros que Guisa había pedido á Francia; pero ya se había desvanecido el ardor. El duque Tomás de Saboya que iba á probar fortuna, se vió obligado á retirarse, y los españoles lo tomaron como pretexto para vengarse. Decapitaron á Anesio, que sin embargo había hecho traicion al pueblo en favor suyo, y ahorcaron á sus principales compañeros. Ejerció el nuevo gobernador feroces

venganzas, imponiendo á muchas personas la muerte, la cárcel y la confiscacion. Por último, el mismo verdugo fué ahorcado, convicto de haber recibido dinero para hacer padecer más á los desgraciados que le entregaban.

D. Juan de Austria, en la capitulacion, había abolido las gabelas; insensata exageracion, que reducía á la miseria á millares de familias que vivian de ellas. Restablecieron, pues, pero organizándolas mejor, y el fuego quedó como cubierto con las cenizas. No obstante, aún permanecian muchos nobles fugitivos ó desterrados; otros estaban muy irritados; y así, Enrique de Guisa, habiendo recobrado la libertad, recibía excitaciones de todas partes para que volviese á probar fortuna. El cardenal Mazariño le dejó preparar una expedición por su cuenta, prometiendo ayudarle en caso de que venciese. Enrique, despues de proporcionarse dinero á cualquier precio, se dió á la vela desde las costas de Provenza con siete buques de alto bordo, quince mercantes, seis galeras y seis tartanas, pero perdió muchos en la travesía. Aunque el virey se puso en defensa y prometió el perdón á todo el que se portase bien, el duque de Guisa desembarcó en Castellamare, y se habría apoderado de Nápoles si hubiese obrado con actividad; pero falto de víveres, no viéndose secundado como lo esperaba, aborrecido por los aldeanos á quienes le era preciso despojar, tuvo que volverse á Francia con la gente que le quedaba; y España echó de nuevo sobre aquel teatro de desórden su manto recamado de escudos de armas y forrado de una púrpura sangrienta.

Varios pintores tomaron parte en aquella revolucion, y fueron víctimas de ella; otros la inmortalizaron con su pincel, como Salvador Rosa, Spartaro, Falconi y Francisco Francazano, que despues intentó promover otra; pero habiendo sido descubierto, en lugar de mandarle ahorcar, el conde de Oñate le hizo envenenar.

Aún no eran éstas bastantes miserias para Nápoles; la peste (que casi de continuo estuvo unida á las desgracias de aquel siglo, tan pomposo como desgraciado), se cebaba entonces en Cerdeña; sin embargo, el virey de Ná-



poles, para las *necesidades de la guerra*, sacaba de allí tropas, las cuales llevaron consigo el contagio. En vano prohibió hablar de él, y mandó á los médicos negasen que existía; el mal se extendió con el furor natural en una ciudad populosa y poco aseada. Millares de personas morian diariamente, y los cadáveres que quedaban sin sepultura, ocasionaban nuevas muertes. Opusieron al azote los mismos remedios que en Lombardia, adonde se había introducido de la misma manera. Maldecía el pueblo á los españoles, acusándoles de ser los autores del mal; pero en lugar de imputarlo como debía á su descuido, suponía en ellos una absurda voluntad deliberada, diciendo que asa-

lariaba á los envenenadores y mágicos, y que por esto era por lo que perecian más pobres que ricos. En consecuencia, dió muerte á muchas personas en el arrebato de su furor, y á otras, precediendo las formas judiciales. Entre tanto la peste se extendía por las provincias, pasaba á Génova, que había preferido aquella terrible eventualidad á la interrupcion del tráfico, y estallaba en Roma, donde tambien se creía que procedía de los españoles, irritados de que el papa hubiese recibido al embajador portugués. De esta manera el vulgo atribuía la peste física á aquellos que eran verdaderamente su peste moral.